



La Confesión De Un Padre

Hijito mío, escúchame: Silenciosamente, a solas, entré en tu cuarto mientras tú, con una manito bajo la cabecita, con los colochitos pegados a tu frente sudorosa, duermes tranquilamente. Hace unos momentos, mientras leía el diario en la sala, una ola de remordimiento me inundó; y por ella vencido, sintiéndome culpable, vengo a arrodillarme al lado de tu cama y te descubro los pensamientos de mi frío corazón.

Hijo mío: Hoy te regañé al vestirme para la escuela, solo una pasada diste a tu cara con la toalla. Te regañé por no lustrar los zapatos. Te reclamé con ira al ver tus cosas en el suelo. En el desayuno te regañé también cuando dejaste caer tu comida sobre el mantel y llenaste tu boquita mucho y porque descansaste los codos sobre la mesa y echaste demasiada mantequilla en tu pan. Y todavía, cuando saliste a jugar y yo iba a la camioneta, diste la vuelta y moviendo la manita me dijiste: ¡Adiós, papaíto! Y yo, con mal humor te respondí: “levanta los hombros. Anda recto.”

A la tarde, todo comenzó de nuevo. Al acercarme a la casa, te vi jugando cinco en la tierra. Hoyos habías hecho en tus pantalones y yo te humillé delante de tus compañeros, haciéndote marchar delante de mí a la casa. Los pantalones son caros te dije, y si a ti te tocara comprarlas tendrías más cuidado. Imagínate, hijito mío, palabras semejantes, de tu padre; tan insensato, tan estúpida esta manera de hablarte.

¿Te acuerdas que después de la comida, cuando yo estaba leyendo, que tu te acercaste con timidez y desconfianza en tus ojitos? Y cuando yo levanté los ojos, impaciente por tu interrupción, tu te detuviste en la puerta, mientras te grité ¿Qué quieres? No dijiste nada, sino con un salto de alegría echaste tus bracitos alrededor en mi dura cerviz y me besaste vez tras vez.

Tu bracito me apretó con el afecto que Dios mismo había impartido a tu corazoncito, afecto que todo el abuso y el descuido mío no habían logrado marchitar. Y, después, fuiste solito a tu cuarto.

Hijito mío, el libro se deslizó de mis manos, un temor espantoso me cogió y enfermo del corazón sentí el egoísmo tan horrible. ¿Adónde me han llevado los malos hábitos? El hábito de criticar, de censurar, de regañar. Estos regaños y críticas, son la recompensa que yo te doy por el mero hecho de que tu todavía eres niño. No es que no te ame, sino que de ti solamente éxito demasiado. Yo te he medido con el metro de los muchos años míos.

¡Cuán bueno, cuán amante y perdonador eres tú!; no mereces el trato que yo te doy. Tu corazoncito es tan ancho como el alba que se extiende sobre el horizonte en la madrugada. Todo esto tu me dijiste en aquel abrazo y en los besos que me diste esta noche.

Así, he venido para arrodillarme al lado de tu cama, con emociones que me ahogan de vergüenza.

- *Seleccionado*